

diencia á ella no solamente está conforme con la voluntad divina, sino que es también necesaria para el desarrollo de la inteligencia y para el goce completo de nuestra común naturaleza. De todos los hombres miserables, los ociosos son aquellos que más lo son: aquellos cuya vida es árida en utilidad, que no tiene otra cosa que hacer sino complacer á sus sentidos. No son esos hombres los más quejumbrosos, miserables y descontentadizos de todos; constantemente en estado de fastidio, tan inútiles para sí como para los demás, meros estorbos en la tierra, que cuando se alejan, nadie los echa de menos, y á quienes nadie compedece. La suerte de los ociosos es, en verdad, la suerte más miserable é inoble.

¿Quiénes han ayudado tanto al mundo en su marcha progresiva como los trabajadores, los hombres que han tenido que trabajar por necesidad ó por gusto? Todo lo que llamamos progreso-civilización, bienestar y prosperidad depende de la laboriosidad bien aplicada, desde el cultivo de un tallo de cebada, hasta la construcción de un buque de vapor, desde coser un cuello hasta esculpir la estatua que al mundo encanta.

Todos los pensamientos útiles y bellos, son también resultado del trabajo, del estudio, de la observación, del examen, de la elaboración activa. El poema más noble no puede elaborarse y sus inmortales armonías ser transmitidas al porvenir, sin labor constante y afanosa. Jamás ha sido hecha una grande obra de carrera, de golpe. Es resultado de repetidos esfuerzos, y á menudo de muchos fracasos. Una generación principia y otro continúa, cooperando el presente con el pasado. Así fué como el Partenón tuvo principio en una choza de barro, y el Juicio Final en algunos diseños trazados en la arena. Lo mismo sucede con los individuos de la raza: principian con esfuerzos, que abostan, pero por medio de la perseverancia llegan á resultados de éxito.

La historia de la laboriosidad es uniforme en el carácter de sus ejemplos. La laboriosidad pone al hombre más pobre en condición de alcanzar honor ó distinción. Los nombres más grandes de la historia del arte, la literatura y la ciencia son de hombres laboriosos. Un fabricante laborioso de instrumentos nos dió la máquina de vapor; un barbero, la máquina de hilar; un tejedor, la *juanilla* de tejer algodón; un peón minero perfeccionó la locomotora; y hombres trabajadores de todas condiciones han contribuido, uno tras otro, á los triunfos de la habilidad mecánica.

Por hombre trabajador no entendemos únicamente al que trabaja con sus músculos y sus hombros. Un caballo podría hacer esto. Pero el hombre trabajador preeminentemente es aquel que trabaja también con su cerebro y cuyo sistema físico está por completo bajo la influencia de sus facultades más elevadas. El individuo que pinta un cuadro, que escribe un libro, que hace una ley, que crea un poema, es un trabajador del orden más elevado, no tan necesario al sostenimiento físico de la comunidad como el labrador ó el pastor, pero no menos importante, porque da á la sociedad el alimento intelectual más elevado.

Dicho ya todo esto sobre la importancia y la necesidad de la laboriosidad, vamos á ver qué uso se hace de las ventajas que se derivan de ella.—Es evidente que el hombre hubiera continuado siendo inculto si no hu-

biera sido por las acumulaciones de ahorros hechos por sus antecesores, los ahorros de la habilidad, del arte, de la invención y de la cultura intelectual.

Los ahorros de la sociedad han producido la civilización del mundo. Los ahorros son el resultado del trabajo, y sólo cuando los trabajadores principian á economizar, principian también á acumularse los resultados de la civilización. Hemos dicho que el ahorro principió con la civilización; podíamos muy bien haber dicho que el ahorro produjo la civilización. El ahorro produce el capital, y el capital es el resultado conservado del trabajo. El capitalista no es más que un hombre que no gasta todo lo que ha ganado con su trabajo.

El ahorro no es un instinto natural. Es un principio de conducta que se adquiere. Comprende la abnegación de sí mismo, la supresión del goce presente por el bien futuro, la subordinación del apetito animal á la razón, á la previsión y á la prudencia. Trabaja para hoy, pero también provee para mañana. Invierte el capital que ha economizado y hace provisión para el futuro.

“El derecho del hombre á prever lo futuro, que le ha sido conferido por la razón,—dice Eduardo Dénison,—hale agregado el deber de proveer para ese porvenir, y nuestro lenguaje atestigua esta verdad al usar esa palabra, como expresando una precaución activa contra la necesidad futura, que en su significación radical implica únicamente una presciencia pasiva de la misma. Cada vez que hablamos de la virtud de la proviðencia, presumimos que, estar prevenido es estar preparado. Conocer lo futuro no es virtud, pero la más grande de las virtudes es prepararse para él.” (1).

Pero un gran número de los hombres no proveen para el porvenir. No recuerdan lo pasado. Sólo piensan en el presente. Nada guardan. Gastan todo lo que ganan. No atesoran para sí: no atesoran para sus familias.—Pueden ganar crecidos sueldos, pero consumen todo cuanto ganan. Esos individuos son constantemente pobres y caminan al borde de las privaciones.

Lo mismo sucede con las naciones. Los pueblos que consumen todo lo que producen, sin dejar provisión para la producción futura, no tienen capital, como las personas pródigas, viven de manos á boca, y siempre están pobres y miserables. Las naciones que no tienen capital, no tienen comercio.—No tienen acumulaciones de qué poder disponer; de ahí que no tengan buques, marineros, diques, puertos, canales ni ferrocarriles. La laboriosidad económica, está en el fondo mismo de la civilización del mundo.

Ved á España. Allí, el suelo más rico es el menos productivo. A orillas del Guadalquivir, donde existieron una vez doce mil villas, no hay ahora ochocientas, y están llenas de mendigos. Dice un proverbio español: *El suelo y el cielo son buenos; el entresuelo malo.* Bueno es el cielo, y la tierra es buena, sólo es malo aquello que está entre el cielo y la tierra. El esfuerzo continuado ó el trabajo paciente, es una cosa insostenible para el español. Parte á causa de la indolencia y parte á causa del orgullo, no puede someterse al trabajo. Un español se ruborizará de trabajar, pe-

ro no se ruborizará de mendigar. (1).

De esa manera es como la sociedad se divide principalmente en dos clases; los que economizan y los pródigos; el previsor y el imprevisor, el ahorrador y el despilfarrador, los que tienen y los que no tienen.

Los hombres que economizan por medio del trabajo llegan á ser dueños de un capital que pone á otro trabajo en movimiento. El capital se acumula en sus manos y emplean otros para que trabajen para ellos. Así principia el trabajo y el comercio.

Los económicos edifican casas, almacenes y fábricas. Proveen á las fábricas de herramientas y máquinas. Construyen buques y los mandan á las diferentes partes del mundo. Reunen sus capitales y construyen ferrocarriles, puertos y diques. Abren minas de carbón, hierro y cobre, y establecen bombas para desecarlas. Emplean operarios para trabajar en las minas, y de ese modo dan origen á una inmensa cantidad de ocupación.

Todo eso es resultado del ahorro, de economizar el dinero y emplearlo para fines beneficiosos. El hombre pródigo no tiene parte en el progreso del mundo. Gasta todo lo que adquiere, y no puede dar ayuda á nadie. Cualquiera que sea el dinero que gane, nunca se eleva su posición. No ahorra ninguno de sus recursos. Siempre está pidiendo ayuda. Es en realidad el siervo y el esclavo innato del ahorrador.

Sueltos.

Hay quien opine en esta capita, que el que trabaja en un oficio manual no debe meterse á escritor ni á poeta por aquello de “zapatero á tus zapatos”. Esto es tanto como negar el derecho de pensar.—Olvidan al decir esto que por más que el cuerpo esquivo, como des-

(1) EUGENIO POITOU. *España y su pueblo*, p. 184-188 (*).

(*) Es una vulgaridad creer que los pueblos del mediodía no trabajan, como fuera una vulgaridad decir que los italianos, los franceses y los españoles son gentes holgazanas que pasan el tiempo tomando el sol. Conviene desvanecer estas erróneas preocupaciones en que incurren muchos escritores de los países del Norte. Pocos pueblos hay, precisamente, que hayan dado tantas pruebas de esfuerzo continuado en la adversidad, de trabajo paciente y de sobriedad como el pueblo español.—El mundo está lleno de proezas suyas, y por cierto que para realizarlas ha necesitado esfuerzo y trabajo.

Pero á los pueblos latinos, como á otros pueblos, les ha sucedido que después de un apogeo colosal han tenido que pasar por siglos de decadencia; esa es la ley de la humanidad, y comprende á todas las razas; no se ha hecho exclusivamente para los españoles ó para los italianos. El progreso y el adelanto hacen que la hora de la reorganización haya sonado ya en el reloj del tiempo, y hoy los españoles trabajan como trabajan los ingleses ó los alemanes, y relativamente no hay en España más mendigos que en Inglaterra, ni en Madrid más harapientos pordioseros que en Londres.

El afán de atesorar no existe entre los españoles con igual vehemencia que entre los ingleses, porque los españoles tienen más desprendimiento y mayor generosidad. La uniformidad de método, la severidad, son nobles cualidades cuando no se llevan al exceso, y para contribuir á difundirlas, dentro de nuestra modesta esfera de acción, damos á conocer á los lectores hispano-americanos obras como las de Smiles, pero bueno fuera también, que por entre las espesas y tristes brumas del Norte penetrasen los albores de esa dulce filosofía meridional, que á pesar de su imprevisión produce momento á momento de solaz y de grato consuelo, pues como dice el cantar:

Mal fin tenga el mes de Enero
Con todos sus gananciales,
Mañana, me muero yo;
¿Para qué quiero caudales?

(Nota del T.)

doroso, el trabajo, el cerebro nunca reposa.

Hablando fisiológicamente, el cerebro de todos los hombres es igual y los bellos pensamientos pueden acudir lo mismo á la mente de un pobre como á la imaginación de un rico. ¡Cuántas veces contemplamos con más cuidado la flor que espontánea sale de entre abruptas breñas y que tiene su tallo endurecido al aquilón, que la parásita cultivada en esmerado jardín y que al más ligero aliento de la brisa dobla su bejuco enclenque.

Aquí se puede repetir lo que escribió el que habla, en su periódico *El Renacimiento*, de fecha 15 de marzo de 1887.

“El hombre no ha nacido solamente para comer y dormir y para el trabajo; otra es su misión sobre la tierra; hay en su cerebro algo que le distingue de los brutos que domina, hay una chispa sublime con que el Creador le distingue de los demás seres y cosas que forman el armónico concierto de la Naturaleza. Ese algo divino llámase pensamiento ó idea y ese pensamiento ó idea se expresa con la palabra ó con la pluma. ¡Insensatos los que pretenden amordazar al que habla ó violentar la mano del que escribe!

La idea es Moisés y Bolívar, Colón y Víctor Hugo y Franklin, Gutenberg y Fultón, Newton y Byron y otros tantos que han alumbrado al mundo con las concepciones de su mente.

Las artes como las ciencias, la filosofía como el progreso, la civilización como la poesía, deben á las inspiraciones fraguadas en el cerebro humano sus adelantos y sus glorias.

Y por idea ha luchado y luchará siempre la humanidad, ora en el campo de la discusión—de donde sale la luz—ora en el campo de batalla—de donde brota el dolor—y ora en el hermoso terreno de la prensa—el mejor galardón de los tiempos modernos”.

(Tomado de un recorte).

Hemos sido favorecidos con la tarjeta circular de los señores Padrón y Castro, encuadernadores establecidos en esta capital, calle Universidad, ó sea 1ª Avenida, Sur, N.º 9.

AVISOS.

Sastrería de R. Castro Sánchez

En esta fecha he abierto un establecimiento de sastrería en el mismo lugar que ocupó la de don Estanislao Ramírez, antigua calle del Cuño, frente al hotel de Sacripanti. Allí encontrará el público magnífico surtido de casimíres, exactitud en la entrega de las obras y precios equitativos. Personalmente estaré yo al frente del taller y en mi ausencia don Carlos Días.

RAMÓN CASTRO SANCHEZ.

San José. 15 de Setiembre de 1890.

(1) *Cuentos de Eduardo Dénison*, p. 204.